

# La imagen y el mundo

Nadine Gordimer  
Traducción de Mauricio Molina

*La amenaza de la extinción del libro frente al poder de la imagen y lo que ello conlleva en temas como la educación, el desarrollo y la libertad, son algunos de los temas que aborda la Premio Nobel de Literatura 1991 Nadine Gordimer en este agudo texto donde la escritora apunta que la educación es uno de los derechos inalienables del ser humano.*

En el principio fue la Palabra. La Palabra que era Creación. Su transformación en palabra escrita, cuando fue labrada como jeroglífico o ideograma en la piedra, o trazada en papiro, y cuando después se propagó, del pergamino a la imprenta, con Gutenberg, aquél fue su siguiente génesis: la alfabetización. Ésta fue, y es, la milagrosa habilidad que sólo el hombre posee dentro del milagro de la creación (incluso hemos alcanzado los medios para ponerla en el aire).

Nuestro nuevo milenio, conformado y dedicado para definir y elevar los derechos humanos, ¿debería enlistar a la educación como un derecho inalienable?

Aun así la UNESCO reporta que cerca de ochocientos millones de adultos en nuestra era no pueden leer o escribir y que más de cien millones de niños no acuden a la escuela, privados de la educación, su legítima herencia. En Sudáfrica, donde escribo estas palabras, el analfabetismo es casi del 50 por ciento en algunas áreas rurales. ¿Cuáles son las causas, globales o cercanas, donde quiera que se encuentre nuestro hogar? La pobreza y la falta de servicios educativos son las más obvias en los países pobres o en vías de desarrollo. El efecto desastroso de esto puede observarse desde los niveles más humildes: en una planta de ensamblaje de automóviles en Sudáfrica las investigaciones dieron como resultado que muchos trabajadores del rubro sólo podían seguir órdenes habladas, incapaces de leer ninguna notificación escrita.

En un nivel de mayor educación profesional, las universidades encaran el problema de estudiantes ostensiblemente calificados para su admisión que no tienen el vocabulario o las habilidades para el uso de la palabra escrita necesariamente tácitas para los cursos universitarios. La carencia de aspirantes adecuados y competentes para posiciones esenciales en el desarrollo del gobierno: servicios sociales, industria y comercio, resulta, entonces, evidente. El presidente Mbeki declaró recientemente que para servir a las necesidades de la creciente economía de Sudáfrica —líder en todo el continente africano en recursos e infraestructura—, creía que deberíamos importar individuos calificados de otros países para llenar las vacantes mientras se ayuda a cubrir dichas posiciones, particularmente en la industria. Una versión mejorada del dicho “cada quien enseña a cada cual”.

Pero regresamos al absoluto. No debería declararse, pero al parecer tiene que hacerse: la educación es la base de todo aprendizaje. Incluso si se dirige hacia los conocimientos número-ideogramáticos profundamente diferentes de la ciencia.

Y de regreso a la fuente, la palabra escrita, nos encontramos en la prevalencia de una condición de educación intermedia: la semieducación. Esto sin duda se exagera en países multilingües, donde, como resultado de la colonización, un lenguaje ajeno se convierte y permanece como *lingua franca*, el segundo lenguaje, y no la lengua materna, la palabra natal del habitante. ¿Se debe de aceptar que probablemente se es incapaz de leer y escribir en la *lingua franca* con la misma confianza y precisión, de la misma forma en que, una vez dominado el alfabeto, se podría leer y escribir en la propia? Sin embargo, un distinguido académico, el profesor Es kia Mphahlele, me dice que los sudafricanos negros salen de sus escuelas

semieducados en la lectura y la escritura de sus lenguas maternas lo mismo que los sudafricanos blancos y aquéllos de otras formaciones etnolingüísticas que están semieducados en las propias. Ser capaz de leer un letrero publicitario y el diálogo encapsulado en una burbuja de unos astronautas en un cómic, mientras se es incapaz de entender el vocabulario de un poema, o seguir las variaciones significativas de la sintaxis en la literatura en prosa, el uso de palabras de manera que abran nuevas profundidades de la autocomprensión: eso no es educación. Eso no es lo que todo individuo debería de tener como un derecho humano.

Los países en vías de desarrollo, aunque con mayores razones para producir sólo el medio camino a la educación, no están solos en este estadio cultural. Escuelas en los Estados Unidos reportan el mismo resultado en su sistema educativo, reflejo de los valores actuales de su sociedad. En Inglaterra se encuentra la misma consternación entre los hombres y las mujeres jóvenes, nacidos y educados en el país natal de la lengua inglesa, quienes no pueden leer o escribir haciendo uso de los grandes recursos de su lengua materna.

Así, mientras la pobreza y la falta de oportunidades educativas son las responsables de este gran vacío en nuestro mundo que es el analfabetismo, esta situación trágica no es la causa primera, dejando a un lado la justificación del extendido problema de la semieducación.

El hecho es que estamos juntos, los países muy desarrollados o luchando por el desarrollo, para cruzar el abismo entre las naciones ricas y pobres, bajo la amenaza de la imagen frente a la palabra escrita.

Desde el primer tercio del siglo XX la imagen ha retado el poder de la palabra escrita como estimulante de la imaginación y la apertura de la comprensión. El cuento a la hora de dormir de la infancia de las clases medias ha sido reemplazado por la hora frente a la pantalla televisiva; en asentamientos de chozas, a lo largo de los países pobres del globo, la TV significa el avance a toda máquina de la pantalla donde no se encuentra ningún libro.

Bibliotecas escolares y comunitarias no existen en las villas y poblados donde se rentan videos. Es cierto que las imágenes de TV van acompañadas por la palabra hablada, incluso a veces por el texto, pero es la imagen la que decide cuán secundario debe ser el rol de la palabra.

El escritor norteamericano William Gass define mejor la palabra escrita, en su hogar, el libro:

No podremos entender lo que es un libro y el porqué un libro tiene valor para muchas personas [...] si olvidamos cuán importante es su cuerpo, el edificio que se ha tenido que construir para sostener las líneas del lenguaje



Mapa del mundo, Mesopotamia, siglos VII y VI a.C.

juntas y a salvo. Seguramente las palabras en una pantalla tienen cualidades virtuales, pero carecen de materialidad, sólo son sombras, y cuando se va la luz desaparecen. Fuera de la pantalla no existen como palabras. No esperan ser revisadas, releídas, sólo esperan a ser reformuladas, reencendidas.

Sí, la imagen del texto, de la palabra, desaparece de la pantalla; para recuperarla, con las otras visualizaciones, se tiene que tener un aparato, un celular, una batería, acceso a la conexión de una fuente de poder. El libro no necesita nada de esto. Simplemente sostenido en la mano se puede leer, encenderlo una y otra vez, en el camión, en el metro, en el baño, en el pico de una montaña, en una hilera.

Esto no es una huida del progreso chapada a la antigua. Los vastos alcances en la tecnología de la comunicación son una revolución con grandes posibilidades para el desarrollo social si se usan de la manera correcta, lo que implica que estén al alcance de millones en el mundo cuyas vidas serán de otra manera barridas por la oligarquía de la globalización.

Pero la *información* no puede reemplazar, poner fuera de moda, a la *iluminación*: la búsqueda del conocimiento del intelecto y el espíritu humanos que,